

DON FRANCISCO VISTO POR UN NIÑO  
por JOSÉ LUIS DE LA LOMA

El primero de Octubre de 1906, un niño de cinco años trasponía el portón de la calle de Martínez Campos, para empezar a tratar de educarse en la Institución Libre de Enseñanza, y se incorporaba a una clase llamada la "chica".

Este niño había asistido el año anterior al Liceo Francés de la Calle de San Miguel, donde durante nueve meses, había sentido un terror constante ante Mr. Ventenac, un gigantón francés de grandes bigotes blancos, regañón y adusto, que a la sazón dirigía aquel centro docente.

Su primera sorpresa, al ir avanzando el curso en la Institución, fue observar que ninguno de sus nuevos compañeros de colegio, mostraba sentir terror alguno por Don Francisco, nombre que cariñosamente daban todos al director. Más tarde, se dio cuenta de que cuando algún chico hacía una travesura excesiva o cometía alguna incorrección, era enviado a "Secretaría", de donde volvía poco después, tranquilo y sonriente, para seguir jugando o entrar a clase. ¿Y no te han castigado?, preguntaba con asombro a su compañero de juegos. ¡Qué raro!

Y llegó un día, en que aquel niño hizo algo que no estuvo bien, y fue enviado a "Secretaría". Ese día conoció a Don Francisco. Se encontró frente a un anciano, a él se lo pareció al menos, de barba blanca y mirada dulce, que le preguntó cariñosamente: ¿qué quieres hijo? Y el niño tuvo que explicar, con cierta angustia, lo que había hecho; con angustia por arrepentimiento, pero sin temor, porque aquel señor le inspiraba confianza. Don Francisco le hizo unas reflexiones afectuosas y con un "Que esto no se repita, y ahora vete a jugar", terminó la entrevista.

En los años que siguieron, el niño tuvo varios nuevos encuentros con Don Francisco, unas veces en el jardín, otras en el campo, los domingos, o en la sierra, o en alguna excursión a Toledo o a Ávila. Hasta una vez le dio clase; hace cerca de sesenta años y al entonces niño le parece estarlo viendo. Estaba enferma la Srta. Quiroga, y don Francisco vino a la "a chica" a cubrir su hora. Les habló a los niños de las relaciones humanas, del respeto al prójimo, de ética y de cosas similares. Y los chicos le escuchaban atentos y le entendían, y eran niños de tan solo 6 ó años. ¡Qué maravilla! Ahora podemos medir lo que aquello representaba. Representaba la posibilidad de ir formando la mente de los niños, de despertar en ellos sentimientos nobles, poniendo al alcance de su inteligencia, de un modo sencillo y asequible, los grandes principios de la solidaridad entre los hombres, de la justicia social, y de la libertad.

Aquel niño, como sus demás compañeros, no sabía lo que era la sociología, ni la pedagogía, ni la filosofía, ni el krausismo, ni nada de lo que fue el campo favorito del pensamiento de Don Francisco, en el que solo penetró mucho más tarde, con la lectura de sus trabajos. Pero sí fue asimilando, poco a poco, el espíritu de ese pensamiento, en cuanto a la conducta del hombre frente a la sociedad y frente a sí mismo. El niño iba observando, a través de su convivencia con sus profesores y sus compañeros mayores, en las clases, en los juegos y en las excursiones, que todos eran un poco como Don Francisco, en su modo de ser y de pensar, y adquirió la convicción de que si así ocurría, así debería ser él también.

Cuando a los diez años, tuvo que abandonar la Institución, para incorporarse a los planes y programas de la enseñanza oficial, ya llevaba en su espíritu todo lo que emanaba de la personalidad de Don Francisco y de sus colaboradores: el amor y el respeto a la naturaleza, la afición al arte, música, pintura, literatura, la inquietud por los progresos de la ciencia, el culto a la libertad de pensamiento y de acción, pero, sobre todo, el respeto a la dignidad humana, la comprensión y la inclinación a la transigencia, la aceptación irrestricta de la igualdad de derechos de todos los hombres, y en lo íntimo de la conciencia personal, un apego indeclinable a la verdad y a la honestidad, en todos los actos de la vida.

Estos principios han presidido, durante largos años, la conducta de aquel niño, como la de muchos que forjaron su espíritu en el ambiente de la Institución, creado por aquel hombre ejemplar que fue Don Francisco, y si alguna vez, por flaqueza del ánimo o por el imperio de las circunstancias, se ha visto impelido a transgredirlos con el pensamiento o con la acción, su conciencia le ha dicho inflexiblemente que hacía mal.

A 50 años del fallecimiento de Don Francisco Giner de los Ríos, su ejemplo y sus enseñanzas siguen vivos en la mente de la legión de hombres y mujeres que se educaron bajo su influencia, directa o transmitida a sus colaboradores y continuadores, y si algunos de ellos, por desgracia, se han apartado de las normas que él trazó, es seguro que su propia conciencia les está arrojando al rostro una acusación implacable.

Febrero de 1965